

que ganó Molano Vargas con *Un beso de Dick* en 1992, e indica una actitud necesaria para apreciar en su justa medida la escritura de este autor: hay que ser un lector abierto, dispuesto a borrar las fronteras tradicionales entre géneros literarios. Y ante todo, hay que apreciar la honestidad de un personaje que busca, con la intención de ser tan auténtico ante sí mismo como pueda, su propia forma de felicidad y su propia verdad, lo que siempre tendrá precios altos en la nietzscheana sociedad del rebaño en la que hemos sido adoctrinados, donde la última pregunta que un hombre o mujer puede hacerse es quién es él o ella en realidad. Molano Vargas se hizo la pregunta y sabía que ser fiel a su respuesta, por no ser mayoritaria, implicaba sobrellevar exclusiones y discriminaciones, tanto de tipo sexual, como económico e incluso educativo. Pero como esta novela-testimonio demuestra, el autor nunca dudó de pagar tan alto precio, por más injusto que fuera, convencido siempre de que esto era preferible a la alternativa, esto es, era preferible a renunciar a la honestidad interior de preguntarse quién se es y actuar en consecuencia, pues ese es el primer y principal requisito para poder empezar a buscar la propia felicidad y la propia verdad.

Andrés García Londoño

La narración de una muerte

Desarraigo

EDUARDO PELÁEZ VALLEJO
Emecé Editores, Editorial Planeta,
Bogotá, 2011, 197 págs.

EDUARDO PELÁEZ Vallejo había publicado una serie de perfiles –con luces y sombras– sobre algunos de sus amigos antioqueños. *Retratos* (2001) se llamó aquella pequeña colección de semblanzas publicada por la Universidad de Antioquia. El novelista Manuel Mejía Vallejo, el dibujante Óscar Jaramillo, el pintor Álvaro Marín, el poeta Elkin Restrepo, la artista plástica Clemencia Echeverri, el escritor Darío Ruiz Gómez, son algunos de los



personajes incluidos allí, aunque se me escapan otros nombres. Después de un largo silencio entrega ahora al público lector *Desarraigo*, una breve narración sobre sus antepasados y la región que habitaron. Prefiero decir *narración* más que novela, pues aunque los límites de los géneros se han dilatado hasta el punto de desdibujarse por completo, considero que queda mejor definido el texto de esta manera, porque se le hace mayor justicia.

De la narración tendría este lector diversos comentarios que hacer. Primero que hay un narrador diestro y pausado que comienza este relato que fluye con la misma serenidad del río en el que se da inicio a la historia. Sabemos, desde el principio, que hay un desenlace trágico, doloroso, pues el escritor no nos hace trampas en ese sentido ni pretende un final inusitado, pues la cosa va en serio y no se trata de sorprender al lector con argucias manidas. El relato nos deja ver apenas ese destino y nos insinúa a su protagonista, protagonista que solo al final sabremos que lo es, pues de allí la historia se remonta a los ancestros familiares, a su relación con un trozo de tierra determinado del que han hecho su paisaje más entrañable, su patria, su vida. La historia no está contada de una forma lineal, va y viene en el tiempo, y tiene no pocos momentos verdaderos. Son de subrayar las escenas en las que ese hombre que morirá al final entra a caballo en la casa de su prometida, haciendo sonar los cascotes del animal por entre todas las habitaciones, en un arrebato de amor y de locura dejando a su suegro en un estado de indefensión y de pasmo únicos. Y ese momento enternecedor cuando en el patio de la casa, ya en la ciudad, el padre “atarzana” a su hijo

–que es quien nos cuenta– de manera afectuosa, y le habla de las cosas honradas de la vida, mientras cae la tarde y las sombras se van apoderando de los corredores. Hay un genuino amor por los paisajes, por las aguas que surcan esos territorios, por la geografía que sirve de fondo a esta gesta familiar.

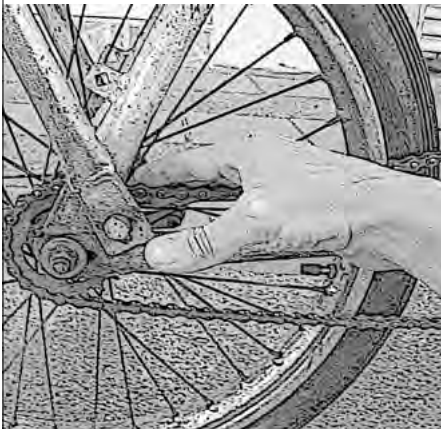
De otro lado, tendría que hacer varias observaciones que a mi manera de ver le restan al relato. No creo que sea menester abundar en tantas enumeraciones, eso le otorga un tono escolar que fatiga, que hace la narración menos ágil. Veamos un ejemplo en la página 37:

con su oferta de la desagradable imaginación culinaria de la grasa en bandejas enormes colmadas de frituras rezumantes, tamales, tortas y embutidos; canastas manchadas por la mugre chorreadas con blanquiao, panderos, hojaldres, bocadillos de guayaba, arepas blancas, panelitas, cocadas, arepas de mote, arepas de chocolate; y las frutas maduras, naranjas chinas, naranjas ombligonas, pamplemusas, toronjas, limas, mandarinas, mandarinas reina, limones de todas las variedades, piñas, piñuelas que destrozaban la lengua con su ácido, madroños, sandías, pitahayas, guanábanas, mameyes, algarrobos malolientes, guamas como culebras verdes.

Esas enumeraciones cansan incluso en las octavas reales de don Juan de Castellanos. Bastaría con nombrar unos cuantos de esos elementos de cierta manera para no abundar, que es lo que convierte en ese punto la narración en una mera lista de mercado. Y de la misma manera sucede con las arboledas, con los bosques. No creo que sea necesario enumerar todos los árboles para estar en un bosque, habría que echar mano de ciertas destrezas narrativas para que, nombrando solo unos pocos, el bosque nos regale su sombra. Así mismo creo que pasa con la manera de alabar a los personajes. Es claro que hay un afecto pues se está hablando de parientes, pero ese afecto habría que obviarlo en pro de la narración y, con unos pocos trazos definir al personaje para que sea el lector quien juzgue. Miremos en la página 40:

Los hermanos respondían a sus instintos y no estaban preparados para las sutilezas de la cultura, las estrategias ni los cambios de luces. Su

ley eran la espontaneidad, la verdad y la honradez, un espléndido arsenal que el formalismo doblegaba con la indiferencia. Su participación en el conjunto de la alegría se reducía a la mirada y el antojo, pero quedaba a salvo la posibilidad del desvarío de alguna señora curiosa saturada de hormonas y de formas que adivinara en sus caras frescas bien diseñadas y en sus cuerpos jóvenes, sólidos e infatigables una voracidad sexual más eficiente a la hora de la verdad que las artimañas de la etiqueta. Y en la intimidad los muchachos podían expresar y derrochar la ternura, la bondad, la alegría y la serenidad incorporadas a su naturaleza en la habitación amable de sus montañas cargadas de aire bueno. Su vida anunciaba su honestidad, el encanto ideal: el máximo refinamiento es la pureza.



No sobra recordar allí el viejo consejo de don Vicente Huidobro: “Por qué cantáis la rosa, ¡oh Poetas! / Hacedla florecer en el poema”. Otra cosa: las transcripciones. Esos párrafos ajenos que se incluyen en el texto. Yo revisaría aquí la pertinencia de ellos, pues más que agregar, creo que despistan al lector. Por más que vayan en cursiva las líneas prestadas de García Márquez, de Azorín, de Mejía Vallejo, etc., que están ahí señaladas para que uno entienda que hay una afinidad, una coincidencia, un paralelismo entre lo que se está contando y el párrafo que se trae prestado, pero opino que acaban siendo más una demostración de lo leído que es el autor, un despliegue de erudición que poco o nada aportan al lector. Y las comparaciones de nuestra geografía con otras de más prestigio, como señalando

que “no tenemos nada que envidiarle” a Europa o a los Estados Unidos. Hubo un escritor colombiano de gran renombre en su época, un hombre de letras que para hablar de la verdura y la fertilidad del altiplano cundiboyacense decía: “son tierras tan bellas y fecundas como las de la Normandía, como las de Bretaña [...]”. Me parece, con mucha pena, que eso es mirarse con un complejo tercermundista bastante deplorable. Nuestras tierras son feraces y nuestros paisajes pueden ser bellos y, aunque tengamos puntos de referencia de otras latitudes, ese tipo de comparaciones no dejan de ponernos en un plano de inferioridad que no debería ser. Anoto esto porque Peláez en más de una ocasión ejerce este tipo de paralelismos (págs. 20 y 21): “[...] El Retiro [...] no era menos hermoso y evocador que el paisaje de Chartres y su catedral gótica de techo verde y torres desiguales en la llanura de La Beauce, como una muestra de arte medieval francés”. Y, más adelante “era tan abundante y hermosa la riqueza de aguas de El Retiro, como profunda y hermosa la sequedad de Sicilia”. No. No creo que esa sea la forma de nombrar lo nuestro, ni de reivindicarlo ni en Germán Arciniegas ni en Eduardo Peláez: es como decir: ¡mi mujer es casi tan bonita como Penélope Cruz! ¡Vaya piropo! Esos son unos peros y observaciones que yo, lector corriente, señalaría con respecto a este libro que de todas maneras tiene sobrados méritos. Señalaré para terminar otro de ellos, y tal vez el más profundo y doloroso por cuanto forma parte de una historia sufrida y vivida en carne propia: el final del protagonista. Qué forma brutal y limpia de contarnos esa muerte, de un solo tajo salvaje. La forma en que se nos cuenta esa escena sin sentimentalismos, sin lloriqueos, afrontándola con entereza varonil, hacen que el libro se nos convierta de golpe, y anotados los plausibles yerros que fueron mencionados, en una obra que nos toca el corazón y ese no es poco mérito para un libro ni para un autor.

Fernando Herrera Gómez

Otras lecciones de mampostería

El demolidor de Babel

LARRY GUILLERMO MEJÍA

Fundación Editorial el Perro y la Rana, Caracas, 2010, 119 págs.

UN EPÍGRAFE del escritor venezolano Juan Calzadilla –“No hay obras acabadas, sino abandonadas”– le sirve a Larry Guillermo Mejía como necesaria confesión antes de dar comienzo a su novela *El demolidor de Babel*, publicada en Caracas por la Fundación Editorial el Perro y la Rana. Lo primero que se revela desde la primera persona confesional de un joven escritor, obligado a procurarse de medios económicos como jefe de compras en la construcción de un hospital al sur de Bogotá, es el carácter autobiográfico del libro, más cuando se visita un poco la hoja de vida de Larry Mejía, un viandante y actor de televisión que devino poeta y, como se ve, narrador en ciernes. El asunto hartamente conocido de los rencores y frustraciones de quien roba tiempo a su empresa literaria para poder llevar comida a su plato, se entremezcla con un flujo de conciencia que pasa a ratos del dinamismo y lo vertiginoso a una perorata trastocada en la cual la emoción impide que algo parecido a una novela surja en medio de su relato. Aparece entonces el panfleto y la adolescencia, el discurso plano y los lugares comunes de lo contestatario como simple dejo ‘proletario’:

Trabajar o construir, construir y callar que es lo que Colombia enseña. Construir calladito sin levantar la voz ni el ánimo, haciendo patria de los pedazos de montaña abandonada por la mano de Dios y recordada por los contratos de Estado, del que a partir de ese sábado empezaba yo a ser parte, como una forma más que tiene el destino de darle a uno dos tazas del caldo que menos le gusta.

Empieza entonces la autobiografía con la triste historia de un poeta vestido de civil, hacinado en una breve oficina, descubriendo celadas, robos, haciendo cuentas, amigos, enemistades, yendo constantemente de la escritura a la contabilidad. Con su